

Según las mejores estimaciones de evolucionistas, genetistas y paleontólogos, hace aproximadamente 5 millones de años existió una especie muy parecida al chimpancé de la que evolucionaron todos los homínidos y el propio simio. A esta especie algunos científicos le han llamado *Pan Prior*<sup>1</sup>, y se cree que fue muy similar al chimpancé porque vivió en su mismo hábitat (la selva africana) y éste no ha sufrido cambios significativos desde entonces; como el chimpancé pasó este período en esa selva no ha evolucionado mucho y por lo tanto la especie de donde procede fue muy similar.

Si esto es cierto, lo que nos distingue del chimpancé, que en el genotipo es aproximadamente el 1% del código genético, evolucionó en estos últimos 5 millones de años. Actualmente muchos científicos dedican sus mejores esfuerzos a buscar la característica que evolucionó en ese período, la que nos hizo humanos: la esencia de la humanidad.

Si existe algo así y si lo podemos descubrir será conociendo a la especie de la que provenimos y a las subespecies que evolucionaron de ella hasta llegar al *homo sapiens*. En esta sucesión de especies muchas se extinguieron sin dejar descendencia (en biología la extinción es para siempre), y de los homínidos<sup>2</sup> sólo una especie sobrevivió.

La historia que hemos reconstruido de estas especies es sólo parcial debido a la fragmentada información fósil que ha sido posible conseguir. El fósil que creemos que mejor representa al *Pan Prior* es un esqueleto de 3.2 millones de años de antigüedad que perteneció a una hembra y cuyo descubrimiento es considerado un milagro porque se encontró mucho más completo que otros de épocas más recientes. El 40% de los huesos que tenía en vida fueron rescatados, y gracias a nuestra simetría y mucha suerte, lo que le falta en el lado izquierdo existe del lado derecho.

De este descubrimiento hemos aprendido mucho, y modificó significativamente las teorías que teníamos sobre nuestra evolución. Durante mucho tiempo los paleontólogos estuvieron buscando el “eslabón perdido”, un homínido único en nuestra historia evolutiva, una especie que evolucionó a partir de algún simio y del cual evolucionamos nosotros, y se esperaba que su cerebro tuviera un tamaño promedio entre el del chimpancé y el nuestro. Lo que encontraron fue una gran cantidad de especies de homínidos, y algunas de ellas no son nuestros ancestros. Pero el 30 de noviembre de 1974, Donald Johanson, en el lugar y el momento indicados, descubrió a Lucy, el esqueleto de homínido más antiguo y completo con que contamos. Para su sorpresa, la especie descubierta, el *Australopithecus afarensis*, era muy similar a un chimpancé, el tamaño de su cerebro sólo un poco más grande. Pero existía una diferencia, una que lo colocaba dentro de los homínidos y fuera de los Pan (o simios): caminaba en dos patas.

---

1 Pan se refiere a que pertenece a los simios. Ver Richard W. Wrangham, “Out of the Pan, into the fire: how our ancestors’ evolution depended on what they ate” en “Tree of origin” de Frans B. M. de Waal. President and Fellows of Harvard College, 2001.

2 Al parecer la familia biológica “hominidae”, a la que me refiero por homínidos, ahora ya incluye a los grandes simios (gorilas, chimpancés, orangutanes). En la RAE todavía definen al homínido como primates bípedos, sin incluir a los simios, y así uso aquí el término.

Antes de este descubrimiento el químico suizo Albert Hofmann hizo uno también importante. El 16 de abril de 1943, por accidente, adsorbió dietilamida de ácido lisérgico (LSD, por sus siglas en alemán), una sustancia que él había sintetizado en búsqueda de alcaloides nuevos.

Tres días después, intencionalmente consumió 250 microgramos (millonésimas de gramo, que es la cantidad con la que se moja un papel de 3 mm x 3 mm) de la sustancia y sintió por vez primera el alucine del ácido. Creyéndose envenenado intentó regresar a casa en su bicicleta, haciendo el primer “viaje” de la historia, que documentó en su libro “LSD: my problem child”, y es famoso entre los aficionados de la psicodelia.

El efecto alucinógeno del ácido ha cambiado a muchas personas, al parecer por dos razones. La primera es la cantidad. El hecho de que algo tan insignificante tenga un efecto tan radical nos muestra la relatividad de nuestros estados de conciencia, la fragilidad de la realidad que percibimos.

La otra razón es el propio efecto del LSD. Los estados de conciencia que provoca, inexplicables con palabras: la confusión de los sentidos, la alteración visual provocada por la música, el tiempo distorsionado; la mente incontrolable, pensando insistentemente en temas preocupantes; la invasión corporal que provocan los sabores. Estos efectos en alguien que cree entender todo, en un modernista creyente en los conceptos de la Ilustración, en la racionalidad, en el método, provocan gran confusión y una revisión de sus nociones más básicas.

Estas percepciones provocan cambios porque nos muestran lo diferente. Al percibir siempre lo mismo no aprendemos, sólo cuando se nos muestra lo distinto, las otras formas que podrían existir, es cuando notamos lo cotidiano. El LSD te permite ver lo cotidiano al mostrarte lo otro.

Años después de este descubrimiento, en 1967, los Beatles publicaron su álbum “Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band”, donde incluían la canción “Lucy in the Sky with Diamonds”. Por tratarse de música y letra psicodélica, muchos pensaron que las iniciales del título se referían al ácido alucinógeno. John Lennon, el autor, negó que tuviera alguna relación, pero la duda continúa hasta la fecha. Según contó, la idea nació de un dibujo que hizo su hijo Julian donde aparece su compañera Lucy y al que llamó con el título de la ahora famosa canción.

Mientras Donald Johanson y sus colaboradores festejaban el hallazgo del homínido femenino de 3.2 millones de años de antigüedad escuchaban la famosa canción de los Beatles y decidieron llamarle Lucy a la que en vida usó la osamenta que admiraban. Lucy, la joven *Australopithecus afarensis*, es desde entonces famosa entre los estudiosos de los fósiles.

En nuestro intento por comprendernos hemos nombrado Lucy a una homínido que caminaba por la sabana africana hace 3.2 millones de años, por la L de lisérgico, el ácido que ha hecho a muchos ver la relatividad de la conciencia. Todos los participantes de esta historia, impulsados por una poderosa curiosidad, coincidieron en Lucy: en su poder revelador, su capacidad para hacernos ver más allá de la cotidianidad, en su inspiración para la reflexión. Lucy nuestro ancestro es un icono de humanidad.

¿Qué hacía Lucy, qué sentía, qué pensaba? De seguro era al menos tan inteligente como un chimpancé; seguramente que, como ellos, se reconocía al mirar su imagen reflejada. Esta capacidad ha sido reconocida sólo en los humanos y el chimpancé, y aunque podría parecer insignificante en realidad tiene una gran relevancia: reconocernos como individuos, identificar nuestro "self", es un requisito básico de la consciencia. Ésta sólo es posible si tenemos la noción de nosotros mismos, si sabemos que lo que vemos, sentimos y escuchamos nos sucede a nosotros. Esta noción está presente sólo en el humano y el chimpancé, y estaba presente en Lucy cuando caminaba por la sabana.

En el momento de su muerte debió haber sufrido en forma diferente a como lo hacen el resto de los animales, un dolor de una profundidad superior. Consideramos la consciencia la más preciada de nuestras capacidades, pero junto con ella viene la capacidad de apreciar la magnitud de las tragedias. Cuando un perro muere siente un dolor fisiológico, desconoce que morirá y el concepto de muerte; cuando un humano sabe que va a morir se enfrenta al conocimiento del fin de todo, del desamparo de sus descendientes, de las posibilidades que tenía en vida y que ahora ha perdido. Lucy no pensó en todo esto, pero sí en la muerte, en sus hijos y quizás en las oportunidades que perdió. Fue una muerte mucho más dolorosa que las animales.

Lucy Temerlin fue criada por Maurice Temerlin, un psicoterapeuta de la universidad de Oklahoma. Nombró a su chimpancé adoptiva Lucy en recuerdo del hallazgo de Donald Johanson. Lucy Temerlin vivió con Maurice hasta la edad de 12 años, y fue educada como una niña. Aprendió el lenguaje de los sordomudos y se comunicaba con este medio. Sorprendió a la comunidad científica cuando probó que los chimpancés pueden manejar símbolos, y más aún cuando fue sorprendida mintiendo. Se creía que esta capacidad era exclusivamente humana porque requiere del conocimiento del self, de uno mismo, de la noción de persona. Y Lucy lo tenía.

El siguiente es un diálogo entre Lucy y Roger Fouts:

Fouts: WHAT THAT?

Lucy: WHAT THAT?

Fouts: YOU KNOW. WHAT THAT?

Lucy: DIRTY DIRTY.

Fouts: WHOSE DIRTY DIRTY?

Lucy: SUE.

Fouts: IT NOT SUE. WHOSE THAT?

Lucy: ROGER!

Fouts: NO! NOT MINE. WHOSE?

Lucy: LUCY DIRTY DIRTY. SORRY LUCY.

Cuando cumplió 12 años los Temerlin tuvieron que dejarla ir y fue enviada a Gambia, donde se dejó el libertad. Ahí la mató un cazador, y sus manos se vendieron como trofeos al mejor postor. La mataron como a un animal, a ella que se comunicaba con símbolos, que tenía habilidades humanas, que mentía.

En una ocasión vi un documental en televisión donde filmaron a un chimpancé mirándose al espejo tal como lo hacemos nosotros, se limpiaba los dientes, hacía gestos, se estudiaba. Pensé en Lucy, caminando en la sabana con sus dos patas (¿o piernas?), consciente de tantas cosas, de ella misma, pero aún sin conocer la música, los Beatles, y sin haber sentido la música en la piel. Aún sin la oportunidad cultural que tenemos nosotros de apreciar la diversidad, lo diferente.

En el año 2000 Zeresanay Alemseged encontró los fósiles de una niña *Afarensis* que murió cuando tenía 3 años de edad. Ahora se le conoce como la niña de Lucy, pues aunque se sabe que vivió 120 000 años antes que ella, es de su misma especie. A los restos de esta niña se les nombró Selam, y son el primer indicio científico que tenemos del inicio de la niñez. La infancia es un período del desarrollo humano que sólo se presenta en nuestra especie; es esencial para desarrollar las habilidades que nos distinguen del resto de los animales, las que nos hacen humanos. Al parecer es en este período cuando el cerebro crece en forma desproporcionada (al compararlo con el crecimiento del cerebro del resto de los mamíferos, incluidos los simios), y es también cuando aprendemos a hablar. Hay investigaciones que se hicieron sobre niños “salvajes”, personas que no vivieron en sociedad los primeros años de su vida, que no tuvieron niñez, y nunca fue posible integrarlos a la sociedad nuevamente, nunca aprendieron a hablar y nunca se comportaron como humanos.

Selam nos enseñó que en los *Afarensis* se presentaba una infancia: el cerebro de ese homínido es del mismo tamaño que el de un bebé chimpancé en su misma fase de desarrollo, pero el cerebro de Lucy es más grande que el de un chimpancé adulto. Esto significa que en Lucy, durante el período desde sus 3 años a la edad adulta, se presentó un crecimiento desproporcionado del cerebro, esto es, la infancia.

Esta característica, junto con el bipedalismo, son las pruebas más antiguas del inicio de la humanidad. Buscamos estos orígenes con la esperanza de entendernos, de encontrar nuestra esencia. ¿Lo hemos conseguido?

No. Lo poco que hemos aprendido parece indicar que la pregunta está mal planteada, que quizás no hay una esencia, sino más bien un conjunto de habilidades que nos hacen especiales. Y también parece ser que no somos tan especiales. Cada vez que postulamos una propiedad esencialmente humana un poco de investigación adicional nos muestra un animal con ella, o con principios de ella. Lucy Temerlin mentía.

Esto quizás no debería ser una mala noticia, malo (y muy aburrido) fuera que nos pudiéramos comprender fácilmente, que fuéramos simples. Pero somos complejos, mucho más de lo que nuestro entendimiento puede comprender. Y es una buena noticia.

A pesar de no comprendernos, con cada intento de indagar en nuestra humanidad, con cada Lucy, descubrimos algo interesante y resolvemos errores añejos. Y en el proceso nos divertimos mucho, y esto es muy humano. Y lo mejor es que este divertido e inquietante proceso nunca terminará.